

“SENDAS DE SOLEDADES Y SILENCIOS”, de Sánchez-Tejerina

Cualquier, acontecimiento poético palentino -lo que no es infrecuente ni irrelevante-, resuena cercanamente en el ámbito leonés por obvias razones de vecindad geográfica, pero también por las viejas raíces comunes, nutridas de continuados afectos. Y a cuento de la salida del libro «Sendas de soledades y silencios», de Juan Sánchez-Tejerina, no me parece ocioso que las páginas leonesas del periódico recojan unas palabras, más que críticas, acompañadoras.

Son, en primer lugar, la evocación de un lejano encuentro. A mí me gusta el tren. Frente a la individual o casi aventura del automóvil, levanto una bandera desinteresada, que no mercenaria, en beneficio del tren. Soy feliz cuando alguien que viaja a mi lado me pregunta de dónde soy, cuáles mis gustos o mis esperanzas, de qué lado me pilló «aquella guerra», esos asuntos elementales y entrañables y perfectamente humanos que sirven para hacerse amigos en el tren, mientras corre el tren...

Yo no sabría recordar ahora el expediente exacto de un encuentro viajero que desde el primer momento prohibía la fugacidad. Habrán sido unas palabras corteses, probablemente triviales. Pero era inevitable que crecieran y se consolidaran de prisa, porque no podíamos llegar -Juan Sánchez-Tejerina y yo- a una estación de destino o a la separación de cualquier transbordo sin advertirnos mutuamente las afinidades. Juan es palentino, yo soy leonés. Él ha nacido en Villarramiel, donde late un pulso provinciano (el San Bartolo, los bailes del casino, las muchachas...) que inexorablemente había que enlazar con las vivencias de quien fuera mozo en una villa sentimental y rumorosa. Llevaba el palentino una cartera con papeles de comercial aridez, entreverados con líricas hojas casi secretas; y quizá el berciano hubiera podido corresponderle muy adecuadamente con el mínimo pero apretado equipaje donde se revolvían las prosas urgentes del vivir con el inesquivable cargamento del filosofar o del poetizar.

Luego -¡cuántos años, cuántas vueltas y revueltas en este luego!-, dejamos de vernos las caras, aunque bien sabíamos reconocernos en los ojos secretos del alma, esos que miran y nos miran desde la penumbra del poema que aparece en esta revista o fin aquel libro.

Pero ahora es el momento de abandonar las referencias plurales. Es la vez de Juan, la ocasión de recordar aquel «Mi humilde campanario» -humilde por humildad del propio poeta- como paso que alertaba a cualquier lector atento hacia otras presagiadas entregas. Y aquí están sus nuevas -pero eternas- «sendas», y sus «soledades» más solidarias que egoístas, y unos «silencios» que se dejarán captar por cualquier ordo que no haya sido arruinado sin remisión por tantas conspiraciones fragorosas...

Poca o ninguna falta hacían estas palabras acompañadoras. Desmienten, eso sí, alguna ocasional pesadumbre -«hojas marchitas que se lleva el viento»- para afirmarse -«y otra vez las cigüeñas y las cosas» en la promesa de otras y no muy alejadas apariciones del poeta amigo.

Antonio PEREIRA